

LAS TRANSICIONES DEMOCRÁTICAS GRIEGA Y ESPAÑOLA EN RETROSPECTIVA

KOSTIS KORNETIS¹

Esta ponencia analiza las transiciones democráticas en Grecia y España a mediados de los años setenta del siglo XX. Por una parte, la transición griega, llamada *Metapolítefsi*, que fue un cambio instantáneo facilitado por la caída del conocido como régimen de los Coroneles en el verano de 1974. Por otra, la Transición española, un proceso gradual que duró al menos dos años, desde la muerte de Franco en 1975 hasta las primeras elecciones democráticas en 1977. Este texto no solo trata las diferencias principales en los procesos de cambio de estos países y sus resultados a largo plazo, sino también la manera en la cual se grabaron en la memoria colectiva y en el discurso público. Aunque ambas transiciones se consideran procesos con éxito, ha habido —y sigue habiendo— críticas cada vez mayores hacia distintos aspectos de su desarrollo.

Las transiciones democráticas en España y Grecia, así como su cultura política, han sido a menudo analizadas como parte de un conjunto de países que fueron denominados «nuevas democracias del sur de Europa» por autores como Edward Malefakis o Nikiforos Diamandouros.² Es innegable que existen aspectos de la historia de los siglos XIX y XX que son comunes a España, Grecia, Italia y Portugal. Sin embargo, la heterogeneidad que caracteriza a los países que formarían parte de este grupo hace que ese argumento resulte insuficiente para analizarlas bajo una misma etiqueta. Ni siquiera el hecho de que tengan en común ser «nuevas democracias del sur de Europa» resulta una justificación adecuada.

España y Grecia comparten una serie de características que las diferencian de Portugal y que justifican un estudio que incluya solo estos dos casos. En primer

¹ *Brown University* (Providence, Estados Unidos). Quisiera agradecer de forma muy especial a Antonio García Espada, Carlota Benet Cros y José Luis Ledesma la ayuda y tiempo que me han prestado para la edición del texto en castellano. También al tercero de ellos y a Javier Rodrigo la invitación a participar en el congreso de Cariñena en verano de 2009. Un borrador de este texto se presentó también en la Universidad de Michigan, en marzo de 2010, en una charla sobre el mismo tema.

² Irene Martín Cortés, *Significados y orígenes del interés por la política en dos nuevas democracias: España y Grecia*, Centro de Estudios Avanzados, Madrid, 2004, p. 4.

lugar, hay un aspecto de la historia política reciente que solo es común a esos dos países, y no es otro que las guerras civiles que experimentaron sus sociedades entre 1936 y 1939 en el caso español, y entre 1946 y 1949 en el griego. La democracia incompleta de los años cincuenta y sesenta en la Grecia de la posguerra civil sentó las bases para la llegada del régimen de los Coroneles en 1967, que tuvo elementos muy parecidos a los del segundo franquismo —y que algunos autores engloban bajo el concepto de «autoritarismo burocrático»—.³ En ambos países, solo tras la desintegración de las dictaduras fue despenalizado el pensamiento marxista y legalizados los respectivos partidos comunistas. En muchos sentidos, y en ambos casos, la transición es el capítulo final del largo periodo de la posguerra civil, la «guerra de los 30 años» como la llamó el novelista griego Alexandros Kotziás. En los dos países, esos partidos comunistas tuvieron un protagonismo considerable durante la guerra civil, sufrieron la marginación de los regímenes posteriores y, a pesar de ello, siguieron siendo los más activos oponentes de dichos regímenes. Del mismo modo, dichos partidos experimentaron un notable fracaso en las elecciones democráticas.

En segundo lugar, desde las primeras elecciones generales democráticas de los años setenta, España y Grecia comparten una evolución similar en lo referente a la alternancia, y al sistema, de los dos partidos principales. Ciertamente, cada país tiene sus particularidades sociales, caso de la cuestión de las regiones autonómicas en el ejemplo español. Sin embargo, en ambos casos, la entrega del poder a los políticos tuvo lugar clandestinamente, produciendo un silenciamiento *oficial* sobre el proceso: en el caso ibérico, los «pactos de silencio» entre el rey Juan Carlos, miembros reformistas del gobierno, los socialistas y los comunistas; y en el caso griego, la manera mediante la cual los militares entregaron el poder a Konstantinos Karamanlis en el verano de 1974. En todo caso, los procesos de transición a la democracia fueron protagonizados por fuerzas conservadoras que tenían vínculos con los regímenes políticos anteriores. Aunque no se puede decir que los partidos socialistas tuvieran una historia similar, sí que muestran aspectos comunes que resultan relevantes para un análisis comparado de los periodos posautoritarios de ambos países. Su capacidad para pasar de ser partidos minoritarios a convertirse en partidos de gobierno en un lapso de tiempo relativamente corto, el carisma de sus líderes —González y Papandreou— y su carácter de «partido dominante»⁴ durante los años ochenta y parte de los noventa constituyen un telón de fondo con similitudes nada despreciables. Así pues, si por su parte los conservadores Karamanlis y Suárez contribuyeron mucho a la transición de-

³ Vid. Guillermo A. O'Donnell, *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism: Studies in South American Politics*, Institute of International Studies-University of California, Berkeley, 1973.

⁴ I. Martín Cortés, *Significados y orígenes*, p. 6.

mocrática, por otra, los mencionados líderes socialistas fueron decisivos en tanto que consolidadores de la democracia.

También el factor de la reconciliación política resultó fundamental para la restauración de la democracia en ambos países. Eso sí, tampoco cabe soslayar que, como han comentado Peter Siani Davis y Stefanos Katsikas, las transiciones democráticas tuvieron que ver no tanto con la cicatrización de las heridas de la guerra cuanto con los proyectos diseñados para disminuir las divisiones sociales y restablecer el consenso nacional que se perdió después de aquella. Así pues, las estrategias políticas que utilizaron «estuvieron ligadas a la necesidad de resolver las exigencias políticas del momento y de consolidar unas normas y prácticas democráticas». Esta es la razón por la cual en ambos casos se permitió a los comunistas participar en los procesos electorales, pero a condición de que siguieran las reglas democráticas parlamentarias y renunciaran a la posibilidad de una usurpación violenta del poder.⁵

Pero al margen de los aspectos institucionales, es quizá lo más relevante que en los dos países tuvo lugar un mismo desarrollo de las culturas de protesta, al mismo tiempo que quedaban residuos autoritarios del pasado, como las acciones arbitrarias de la policía o las normas sociales conservadoras. Además, los movimientos que tuvieron lugar en ambos países a mediados y finales de los setenta comenzaron a experimentar con nuevas formas políticas, esencialmente posautoritarias. Por otra parte, tanto en España como en Grecia, emergió una nueva contracultura juvenil con características antiestalinistas, vocabulario irreverente, prácticas políticas alternativas y tendencias anárquicas que señaló el apogeo de la emulación del espíritu antiautoritario de mayo del 68.⁶ Podríamos decir que, en este momento, los jóvenes de países que habían estado bastante aislados durante los años de las dictaduras se apuntaron a las corrientes contraculturales extranjeras, incluyendo la ocupación de viviendas, las protestas antiinstitucionales y el feminismo de segunda ola.⁷ Cabría señalar asimismo que los jóvenes griegos y españoles vivieron en pocos años lo que sus colegas extranjeros vivieron en dos décadas, algo así como una experiencia condensada. De hecho, no parece exagerado hablar de una suerte de bulimia cultural o contracultural, de una realización privada de lo personal, de un ansia de experimentación de lo nuevo pero también de una enorme necesidad de recuperar el tiempo perdido, el mito del

⁵ Peter Siani-Davies y Stefanos Katsikas, «National Reconciliation After Civil War: The Case», *Journal of Peace Research*, 46 (2009), pp. 559-575 (pp. 566-567).

⁶ Vid. Konstantinos Kornetis, *Student Resistance to the Greek military dictatorship: Subjectivity, Memory, and Cultural Politics, 1967-1974*, tesis doctoral inédita, European University Institute, Florence, 2006.

⁷ Manuel Pérez Ledesma, «Nuevos” y “viejos” movimientos sociales», en Carme Molinero (ed.), *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, Península, Barcelona, 2006, pp. 117-151.

68 y la revolución sexual. Parafraseando a Graham y Labanyi, los griegos y los españoles «vivieron simultáneamente lo que en el resto de Europa habían sido pasos sucesivos de un largo desarrollo». ⁸ Por otra parte, las manifestaciones más intensas del feminismo, del ecologismo, de la militancia homosexual o de los movimientos de barrio cumplieron un papel similar aquí y en los llamados «nuevos movimientos sociales» del post-68. Por ejemplo, Manuel Pérez Ledesma ha identificado el movimiento contra la Ley de Peligrosidad Social y por la liberación de los homosexuales detenidos en las manifestaciones del Orgullo Gay de 1977 y 1978 como un nuevo ciclo de protesta. Ahora bien, todos estos movimientos acabaron siendo dominados por la cultura antiautoritaria, que obstruyó nuevas formas de pensamiento y de acción.

Las subculturas de la movida madrileña o del barrio ateniense de Exarjia constituyen el apogeo de esas tendencias. Pero, sin duda, hubo una parte de la juventud más cercana a la izquierda tradicional. Una continuidad que es claramente observable en las llamadas organizaciones de masa, que acabaron incorporándose a las estructuras partidarias aun sin llegar a ser los actores con los repertorios de acción más característicos de esa época.

¿HASTA QUÉ PUNTO HAN TENIDO ÉXITO LAS TRANSICIONES?

En ambos casos hay una disparidad entre la memoria oficial y la social, ya que la primera responde a objetivos políticos, mientras que la segunda —fragmentaria y constituida a partir de elementos muy diversos— no necesariamente lo hace. De hecho, la necesidad social de recuperación de recuerdos traumáticos no es equivalente a las necesidades políticas. ⁹ Por lo tanto, desde el principio surgió un conflicto entre los que pensaban que las dos transiciones fueron ejemplares y los que, debido al hecho de que ambos procesos dejaron mucho del viejo orden político intacto, esgrimieron argumentos en su contra.

Es un hecho, por ejemplo, que ambas transiciones frustraron las expectativas de aquellos que hubieran querido cortar radicalmente con el pasado dictatorial. Así pues, uno de los motivos principales de crítica se refiere a que los procesos de transición se consideraron impuestos por la élite, por más que, en un sondeo español de mediados de los años ochenta sobre los orígenes de la Transición, el

⁸ Helen Graham y Jo Labanyi (eds.), «Part IV: Democracy and Europeanization: Continuity and Change 1975-1992», en *Spanish Cultural Studies. An Introduction. The Struggle for Modernity*, Oxford U.P., Oxford, 1996, p. 312.

⁹ Paloma Aguilar Fernández y Carsten Humblebaek, «Collective Memory and National Identity in the Spanish Democracy: The Legacies of Francoism and the Civil War», *History & Memory*, 14, 1/2 (2002), pp. 121-164 (123).

55 % de la población entrevistada sostuvo que la transición no habría tenido lugar sin presión popular.¹⁰

De los dos, el proceso de transición española fue el más problemático. Después de la muerte del general Francisco Franco (1975), el rey Juan Carlos, con la ayuda del joven primer ministro Adolfo Suárez, realizó un proceso de liberalización (1976-77) durante el cual logró mantener al ejército apartado del gobierno. Pero fueron los pactos secretos los que hicieron posible esa transición. Algunos analistas han visto con el correr del tiempo motivos oscuros en estos acuerdos, ya que fueron llevados a cabo entre epígonos del franquismo y parte de la izquierda deseosa de institucionalización y de formar parte de la nueva estructura de poder.

El proceso griego recibió críticas semejantes. Por una parte, el gobierno de Karamanlis legalizó el Partido Comunista (KKE), concedió una «amnistía general a las ofensas políticas ocurridas bajo la dictadura» y se apresuró a reinstalar las libertades fundamentales. Pero, por otra, su gobierno tuvo mucha cautela con las fuerzas armadas, considerando que no se podía enajenar a los militares en un momento en que Grecia estaba al límite de una guerra con Turquía a causa de Chipre.¹¹ Otro aspecto problemático fueron los residuos del pasado autoritario que «no fueron limpiados». Uno de los problemas estribaba en el hecho de que parte de la sociedad griega dio su apoyo a la Dictadura y participó activamente en la represión del resto de los ciudadanos.

Por lo demás, otra cosa que marcó una cierta continuidad con el pasado autoritario en ambos países fueron las conmemoraciones públicas. El día de las fuerzas armadas continuó siendo celebrado en Grecia en el aniversario de la batalla de Grammos, que fue la batalla final de la guerra civil griega que marcó la derrota comunista.¹² Un fenómeno similar se observa en España con respecto a fechas conmemorativas que permanecieron intactas durante muchos años: el aniversario del fin de la guerra civil se convirtió en el día de las fuerzas armadas, la propia muerte de Juan Antonio Primo de Rivera el 20 de noviembre (el mismo día que murió Franco) se convirtió en el día de los caídos. Como han apuntado Paloma Aguilar y Carsten Humblebaek, la nueva democracia tiene que afrontar la herencia problemática del conflicto y pensar cómo integrar el periodo autoritario en la historia de la nación y decidir a qué episodios del pasado dar continuidad en la memoria colectiva y cuáles desechar.¹³

Otro elemento de continuidad en ambos países fue la discriminación de los partidos de izquierdas, que continuaron siendo espionados por los servicios secre-

¹⁰ M. Pérez Ledesma, «Nuevos» y «viejos» movimientos sociales», p. 126.

¹¹ P. Davies, S. Katsikas, «National Reconciliation», p. 567.

¹² *Ibid.*

¹³ P. Aguilar Fernández y C. Humblebaek, «Collective Memory and National Identity», pp. 121-122.

tos. Los militares conservaron registros de la ideología de sus reclutas y algunos partidarios de la izquierda continuaron encontrando difícil obtener trabajo en el sector público. En Grecia, los llamados «certificados de creencia social» fueron suprimidos oficialmente, pero esto no significó que los hábitos de represión desaparecieran inmediatamente.¹⁴ Y, por supuesto, la policía —en ambos países el elemento más persistente del viejo orden— no cambió su táctica de vigilancia en las manifestaciones, cosa que produjo choques extremadamente violentos entre civiles y fuerzas del orden. La muerte de numerosos manifestantes en España (cuatro en Vitoria solo en 1976) durante este periodo y la de los estudiantes Koumis y Kanellopoulou en Grecia en 1980 son buenos indicativos del clima de violencia entonces existente. Todo esto muestra que la situación no cambió de forma repentina. La represión política e institucional que siguió a la muerte de Franco y la caída de los Coroneles dio la impresión de que las raíces del estado dictatorial no habían cambiado. Finalmente, fue la llegada de los gobiernos socialistas, en 1981 en Grecia y en 1982 en España, lo que cementó la democracia y suprimió para siempre ese tipo de prácticas.

Los muertos en manifestaciones a causa de la intervención policial en España (1976-77) y Grecia (1980) y la estrategia de desestabilización que llevaron a cabo los grupos terroristas distinguen estos dos países del caso más cercano geográficamente pero más lejano en términos políticos, como es el de Portugal. Paradójicamente, durante el periodo «revolucionario», la violencia política en ese país fue mínima. Sin embargo, los episodios violentos en España y el país helénico no son comparables a los que sucedieron, por ejemplo, en el Chile de 1983 o la Argentina de 1981, que lograron interrumpir su proceso de liberalización. Precisamente, esto habría podido suceder en España, si el golpe de estado de Tejero (el «Tejerazo») hubiera tenido éxito.

Otra cuestión que diferencia a Grecia y España de otros países es la manera como afrontaron el pasado dictatorial en términos jurídicos. Comparado con el resto de la Europa meridional y la América latina de los años sesenta y setenta, Grecia es el único país de la época con una dictadura donde se condenó a los cabecillas del golpe a cadena perpetua (en un principio fueron condenados a muerte pero después resultaron conmutados). Por otra parte, en España la amnistía general fue una de las condiciones *sine qua non* de la reinstauración de la democracia. La cooperación entre los líderes políticos fue acordada a condición de que no se recuperara e instrumentalizara el recuerdo de la guerra civil, premisa con la que los votantes estuvieron de acuerdo. De hecho, la actitud respecto al conflicto civil de la clase política desde los años setenta se ha calificado, muy apropiadamente, de «amnesia colectiva», y no deja de ser interesante a ese res-

¹⁴ P. Davies y S. Katsikas, «National Reconciliation».

pecto la afinidad etimológica entre las palabras amnistía y amnesia.¹⁵ Es chocante por su carácter simbólico el hecho de que, precisamente Adolfo Suárez, figura emblemática de la transición, se haya retirado del ámbito público a causa de sufrir el síndrome de Alzheimer, una conocida enfermedad que afecta a la memoria. Este político ya no se acuerda de nada, ni de la Transición ni del papel importantísimo que llevó a cabo. Se ha convertido así, involuntariamente, en una trágica metáfora de la sociedad española y de su «amnesia autoimpuesta».

Sin embargo, hubo desde el principio, en ambos países, gente de la extrema izquierda que rechazó el «proceso de democratización» por considerarlo una fachada que cubría la continuidad de la opresión y las limitaciones de las democracias recién nacidas. Perspectiva sustentada en Grecia por el hecho de que, aparte de los cabecillas del golpe, la mayoría de los oficiales menores de la junta y los torturadores más notorios recibieron condenas sorprendentemente bajas y se beneficiaron en España de la amnistía general. Los grupos terroristas ETA, GRAPO y FRAP en España y el 17 de noviembre y el grupo ELA (acrónimo griego de Lucha Popular Revolucionaria) compartían un mismo rasgo: la idea según la cual la transición a la democracia fue un fraude, un mero «cambio de guardia». Ni que decir tiene que, además, intentaron también romper mediante la violencia con la imagen pacífica de ambas transiciones. Sus actividades tenían como objeto la desestabilización, de ahí por ejemplo que, en España, la violencia política se intensificara momentos antes de la aprobación de la Ley de la Reforma Política (LRP) en noviembre del 1976. No faltan estudiosos que acusan a las formas visibles de terrorismo español de ahogar otras formas de disidencia, por ejemplo los nuevos movimientos sociales, y de convertirlos en sospechosos de violencia.

Una diferencia relevante entre los dos países es que en España, en octubre de 1977, todos los crímenes políticos fueron amnistiados, cosa que no sucedió en Grecia. Incluso las acciones de ETA —también las que tuvieron lugar después de la muerte de Franco— recibieron semejante tratamiento, motivo por el cual los estudiosos han calificado el proceso de extremadamente generoso. Esto, según Alberto Sabio, llevó a los llamados «años de plomo» españoles, cuando la población se apercibió de que el objetivo de ETA no era solamente la lucha contra la Dictadura de Franco sino combatir al propio Estado español, fuera este democrático o no.¹⁶

En los años posteriores, la ausencia de cambios radicales en España y el silencio oficial sobre el pasado contribuyeron a la aparición de una nueva actitud: la de la desafección y la desilusión, el llamado «desencanto». José Maravall conecta

¹⁵ Paloma Aguilar Fernández, *Memory and Amnesia. The role of the Spanish Civil War in the Transition to Democracy*, Berghahn Books, Nueva York, 2002, p. 17.

¹⁶ J. M. Pérez Bernad, «Alberto Sabio: "La transición no tuvo hoja de ruta"», *El Periódico de Aragón*, 13/VI/2007.

esta actitud de apatía con un cinismo político que, en su opinión, fue resultado directo de la pasividad de la clase política y de la no participación en las políticas que fue fomentada bajo el franquismo.¹⁷ Así, la *movida* madrileña —que tomó su nombre de la subcultura de las drogas y significó una explosión de arte punk *underground*— fue un producto de este clima de ruptura con la política. Aunque su apogeo tuvo lugar a principios de los años ochenta, sus orígenes estarían en una acumulación de tendencias sociales y culturales que empezaron en el otoño de la Dictadura franquista.

Pero si el resultado de la transición en España fue el de una juventud desencantada, en Grecia la transición produjo una generación sobrepolitizada. Esto fue debido probablemente a que el análisis del pasado traumático se convirtió en alimento popular diario, pero también a que los partidos políticos, en vez de alcanzar un consenso sobre el pasado, intentaron sacar partido de él, actitud que continuó hasta finales de los ochenta. El resultado fue una polarización extrema y la aparición recurrente de controversias tempestuosas sobre la guerra civil y el periodo de la Dictadura. Ahora bien, estudiosos como el historiador David Close sostienen que los enfrentamientos entre izquierda y derecha sobre el tema de la dictadura y el hecho de que el pasado fuera un objeto de discusión abierta fueron, de alguna manera, más sanos que la supresión de la memoria histórica que tuvo lugar hasta hace poco en España.¹⁸

TEMPORALIDAD

Pero antes de proseguir, merece la pena detenerse en los límites temporales que constituyen sin duda uno de los asuntos centrales dentro del contexto posautoritario greco-español. En ambos casos, hay una disparidad entre lo que por una parte dicen historiadores, sociólogos y políticos y lo que por otra trasciende de las sensaciones vividas por la gente que estuvo allí. ¿Cuáles son las fechas más importantes y los momentos de ruptura? Qué duda cabe que 1977 y 1981 fueron años clave. El primero, porque acogió las primeras elecciones relevantes en los dos países, y el segundo porque para Grecia supuso la ascensión de los socialistas al poder, que dio paso a la democratización plena de las fuerzas armadas del país, y para España porque con el golpe fallido del 23-F marcó asimismo el paso definitivo a la democracia, cementado por la victoria de PSOE al año siguiente.

¹⁷ José Maravall, *The Transition to Democracy in Spain*, St. Martin's Press, Nueva York, 1982, p. 70.

¹⁸ David Close, «The Road to Reconciliation? The Greek Civil War and the Politics of Memory in the 1980s» en Philip Carabott y Thanassis D. Sfikas (eds.), *The Greek Civil War: A Conflict of Exceptionalism and Silences*, Ashgate Publishing Ltd., Londres, 2004.

De ahí que los procesos transitorios de los años setenta culminen en los primeros ochenta.

Como señala José-Carlos Mainer, «la Transición, más que un periodo, fue un proceso y, como tal, largo e indefinido por naturaleza [...]; su extensión temporal depende, en suma, del optimismo o pesimismo del observador, de sus expectativas a propósito o del grado de conformidad [...] que le animó».¹⁹ Ahora bien, ¿cuándo termina un proceso de transición política? ¿Los movimientos sociales de los ochenta son la continuación de un ciclo que empezó en los sesenta o, por el contrario, son algo completamente nuevo (y no se quiere decir con ello que existan movimientos nacidos del vacío, movimientos de tabula rasa)? Merece la pena a ese respecto regresar a la gran pregunta: ¿cuánto dura un proceso transicional? Antes de nada, tendríamos que indagar en la designación de un periodo como transición. Pero ¿cómo cabe definir el fin de este proceso?: ¿con la desaparición total de los elementos del estado anterior? Algunos autores insisten en los efectos autoritarios de larga duración, pero existe ahí el riesgo de atribuir todos los problemas sucesivos a la herencia de las dictaduras, como por ejemplo explicar que los GAL no eran sino la consecuencia inevitable de los aparatos de seguridad heredados del franquismo. Se explicaría así en buena medida por qué alguien como el crítico literario Joan Ramon Resina sostiene que el término *transmisión* sería preferible al de *transición*.²⁰ Algo muy similar cabe encontrar en el caso griego.

Y en el caso griego, ¿cuánto duró la transición democrática? El paradigma griego resulta mucho más pleonástico. Mientras que en España la transición pudo haber empezado en 1975 con la muerte de Franco, y acabado al año siguiente con la LRP, en 1977 o 1979 con las elecciones efectivas, en 1978 por la aprobación de la Constitución, e incluso en 1981 con el fiasco del 23-F o en el 82 con el triunfo socialista,²¹ el caso griego proyecta la imagen de un proceso más compacto. En términos absolutos, la transición griega duró menos porque el cambio político fue casi instantáneo, algo que, como apunta el politólogo Yannis Voulgaris, es también lo que denota el propio término *Metapolitefsi* o «cambio de régimen».²² Después del golpe de la junta militar contra Makarios, el presidente

¹⁹ José-Carlos Mainer, «La cultura de la *Transición* o la *Transición* como cultura», en C. Molinero (ed.), *La Transición, treinta años después*, pp. 153-171 (p. 153).

²⁰ Joan Ramon Resina, «No era això: Latència i epifenòmen de la transició» (17-27), en Maria Muntaner et al. (eds.), *Transformacions. Literatura i canvi sociocultural dels anys setanta ençà*, Universitat de València, Valencia, 2010, pp. 17-27 (p. 27).

²¹ Como indica Nancy Bermeo, «it is difficult to determine precisely when Spain's transition to democracy began». Esta autora llega a argumentar que los orígenes de la transición podrían remontarse hasta la *apertura* del régimen franquista en los años sesenta: Nancy Bermeo, «Redemocratization and Transition Elections: A Comparison of Spain and Portugal», *Comparative Politics*, 19, 2 (1987), pp. 213-231 (p. 218).

²² Voulgaris mantiene que la elección de ese término, con su profundo significado de ruptura, tuvo una influencia inequívoca sobre la experiencia histórica de los contemporáneos: Giannis Voulga-

de Chipre, y la ruptura de las relaciones entre Grecia y Turquía por la cuestión chipriota, los Coroneles llamaron a los viejos políticos para salvar al país. Corría el 23 de agosto de 1974. Apenas tres meses después, el 17 noviembre, tuvieron lugar las primeras elecciones. Claramente aquí no se trata de un periodo transitorio equiparable a los entre tres y siete años del caso español.

GRECIA, LA TRANSICIÓN ETERNA

En el caso heleno, el signo del cambio instantáneo acabó caracterizando paradójicamente un periodo mucho más amplio. Probablemente, esto se debió a la profunda huella que esta repentina cesura dejó en sus contemporáneos. El concepto *Metapolitefsi*, que enfatiza la distinción entre el caso griego y la experiencia española o latinoamericana de transiciones largas, viene claramente contradicho por la realidad histórica. La vaguedad del término, que no denota tanto transición o restauración cuanto el paso instantáneo de un régimen político a otro, se ha manifestado en la conversión del presente en un proceso que nunca concluye, hasta convertirse en un oxímoron. Fue corriente utilizar el término *Metapolitefsi* durante los años setenta y ochenta. Eso cambió desde 1989, cuando tuvo lugar un proceso de reconciliación que incluyó la formación de un gobierno de amplia coalición, aunque «su dignidad quedó enturbiada por un vasto acto de vandalismo estatal consistente en la quema en hornos industriales de en torno a 17,5 millones de viejos expedientes policiales sobre sospechosos izquierdistas». ²³ Curiosamente, el proceso no acabó entonces, aunque la población siguió especulando sobre su inminente clausura.

Tres ejemplos recientes contribuyen a la teoría de la transición griega como proceso inacabado. El primero es el arresto en 2002 de los miembros fundadores del grupo terrorista 17 de Noviembre, que había nacido justo después de la caída del régimen en 1974. Periodistas, académicos y políticos hablaron entonces del final definitivo de la transición y de la desaparición de los últimos restos de la ideología, la argumentación y la práctica *depasée* de los años setenta.

El segundo momento ha tenido lugar en diciembre de 2008 con los acontecimientos violentos que siguieron al asesinato en el barrio anarquista de Atenas de un estudiante de 15 años a manos de la policía. Según los apóstoles de la teoría de la transición inacabada, la desobediencia civil, las manifestaciones violentas y la destrucción de la propiedad pública desencadenada tras ese brutal asesinato, así como la recurrente demonización de la policía, tendrían sus verdaderas raíces

ris, *Η Ελλάδα της Μεταπολίτευσης, 1974-1990. Σταθερή Δημοκρατία Σημαδεμένη από τη Μεταπολεμική Ιστορία*, Themelio, Atenas, 2002, p. 25.

²³ D. Close, «The Road to Reconciliation?», pp. 257-278.

en los años setenta. Influyentes académicos como Stathis Kalyvas afirman que, desde esa década, todos los gobiernos helenos han tolerado estas subculturas anarquistas e izquierdistas extraparlamentarias, particularmente activas en el centro de Atenas, como el barrio de Exarjia, al que la policía rara vez se atreve a entrar.²⁴

Mientras, no deja de ser cierto que la brutalidad policial de los años setenta y la *vendetta* estudiantil han calado duraderamente en el imaginario social griego, dando lugar a la idea de un «ciclo de protesta», enunciada por sociólogos como Sidney Tarrow,²⁵ la idea de que nada ha cambiado en las subculturas de protesta de los últimos treinta años resulta problemática. Una óptica alternativa y a nuestro juicio más provechosa es la que encuentra en las subculturas de la protesta un alto componente efímero, una naturaleza que no sobrevive inalterada por mucho tiempo, y mucho menos durante décadas. A pesar de que hay elementos válidos en el paradigma de «la transición inacabada», su punto débil radica en que se sustenta en una visión estática y rígida del pasado, como si las personas vivieran durante decenios en una suerte de vacío y las nuevas generaciones no fueran sino clones de un pasado sin ideologías diferenciadas.²⁶ Kalyvas y otros especialistas se sirven del término «espíritu de la *Metapolitefsi*» para aludir a este presunto espíritu negativo, disruptivo, que no se acaba nunca y que tendría sus raíces en una transición defectuosa. Por tanto, desde la perspectiva de estas reflexiones, cabría preguntarse por qué este tipo de subcultura ha sobrevivido en Grecia y no en España.

Finalmente, resulta necesario añadir como elemento de análisis la crisis económica reciente, que ha llegado casi simultáneamente a los dos países. Numerosos políticos griegos se refieren a ella como el fin de la *Metapolitefsi*, o el principio de una nueva *Metapolitefsi*. El primer ministro Giorgos Papandreou habla de modo recurrente de la peor crisis del periodo posautoritario, dado que dicha crisis significaría el derrumbamiento de todo el modelo político y social de la Grecia de los últimos treinta y siete años. Por consiguiente, en la teoría de la *Metapolitefsi* inacabada, hay una obsesión igual con el pasado y el presente, en el sentido de que el pasado se utiliza como lente a través de la cual se lee el presente. Ahora bien, la pregunta que surge aquí de nuevo es cuánto puede durar un proceso político de transición, qué duración puede tener una *Metapolitefsi* y cómo podemos determinar el fin de un tal proceso. Una etiqueta de este tipo connota una cierta homogeneización política, económica, filosófica, literaria, ar-

²⁴ Stathis Kalyvas, «Why Athens is Burning», *The New York Times*, 11/XII/2008.

²⁵ Sidney Tarrow, *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*, Cambridge U.P., Cambridge, 1998.

²⁶ Vid. Kostis Kornetis, «No More Heroes? Rejection and Reverberation of the Past in the 2008 Events in Greece», *Journal of Modern Greek Studies*, 28, 2 (2010), pp. 173-197 (p. 184).

tística, etc. Y, en tal caso, acaso merecería quizá un escrutinio más riguroso, o tal vez proponer un término alternativo.

EL SÍNDROME DE LA TRANSICIÓN

Pero si en el caso griego algunos analistas hablan de una *Vergangenheitsbewältigung*, es decir, de una superación del pasado, en la España de hoy en día el objetivo es el contrario: el descubrimiento o recuperación de ese pretérito. En 2001 Felipe González, presidente del país durante doce años consecutivos, comentaba después del triunfo electoral del Partido Popular que lo que más lamentaba era no haber contribuido a la preservación de la memoria histórica. González se refería evidentemente al hecho de que su partido, el PSOE, nunca acometió una crítica sistemática del periodo franquista o una rehabilitación de sus víctimas.²⁷ En 2002, el gobierno de derechas de José María Aznar aprobaba un decreto que reconocía por primera vez a las víctimas del franquismo. Otros acontecimientos, tales como la exhumación de tumbas colectivas de la época de la guerra civil, resucitaron inevitablemente memorias traumáticas suprimidas del pasado. Este era el «verdadero desenterrar» del bien mantenido secreto español de muchos años. De igual modo, las protestas contra el retiro de las últimas estatuas del *generalísimo* Franco por parte del gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero en 2006 mostraron que, a pesar de las tentativas de reconciliación, subsistían las «dos Españas» de siempre. El último capítulo de este proceso se produjo cuando el polémico juez Baltasar Garzón abrió un capítulo entero, inacabado, que se ocupaba de la justicia retroactiva para los crímenes del régimen de Franco. El proceso se interrumpió cuando Garzón tuvo que afrontar la acusación de prevaricación y de ruptura con la amnistía oficial de 1977.

Un fenómeno interesante en España, que no tiene equivalente en Grecia, estriba en el hecho de que quienes se ocupan de la reconsideración de la Transición no son solo los historiadores, sino también sociólogos, politólogos y periodistas. España ha sido inundada por investigaciones, biografías, memorias, testimonios, series televisivas y películas, que actúan como vehículos de la memoria de la guerra civil y del periodo de posguerra. Series televisivas en horarios de máxima o al menos alta audiencia, tal como *Amar en tiempos revueltos* (2006-2011) y una serie de películas como *Silencio Roto* (2001), de Montxo Armendáriz, atestiguan que la obsesión por ese periodo se debe a la memoria suprimida y a la amnesia colectiva que fue impuesta para proteger el consenso que con tan grandes dificultades había sido alcanzado.

²⁷ Felipe González y Juan Luis Cebrián, *El futuro no es lo que era. Una conversación*, Aguilar, Madrid, 2001, p. 36.

Estas obras han convertido la Transición en una metáfora de la sociedad española agonizante entre pasado y presente, conmemoración y olvido, reconciliaciones y vendettas, manchando la imagen modélica que se tuvo durante años. Sin embargo, se puede también observar el fenómeno opuesto, como por ejemplo en la serie popular televisiva, *Cuéntame cómo pasó* (2001-2011), que introdujo el fenómeno de la Transición chic, una retromanía que estetizó el periodo tardofranquista. Esta serie, que se refiere a una «típica» familia española de clase media, induce a la nostalgia.²⁸ De todas formas, todo este redescubrimiento del pasado produjo una reevaluación del periodo a través de una avalancha de nuevos estudios que aparecieron en los últimos años. Un ejemplo ilustrativo es el libro *El mito de la Transición*, del historiador Ferran Gallego, que trata el fenómeno de la transición como producto de ingeniería política, con motivaciones dudosas por parte del rey y las élites, que habrían tenido como objetivo real preservar el statu quo.²⁹ Se puede hablar definitivamente de un «síndrome de Transición», que no tiene su equivalente en Grecia.

El clímax vino tal vez con el novelista Javier Cercas, quien desafió la memoria pública sobre la Transición. Después de haber suscitado memorias ocultas de sus compatriotas con respecto a la guerra civil con su novela *Soldados de Salamina* (2001), en su último libro, *Anatomía de un instante*³⁰ Cercas desenterró lo que muchos consideran como el último capítulo de la «larga» guerra civil: el golpe de estado abortado del Coronel Tejero en 1981. El protagonista principal del libro es el primer ministro de la época, Suárez, que tuvo el difícil cometido de manejar el paso a la democracia. Cercas demuestra hasta qué punto era frágil la democracia después de cuarenta años de gobierno autoritario y demuestra las responsabilidades del rey Juan Carlos, rechazando el más bien conocido estereotipo que formó «la memoria hegemónica» de su país: que la transición tuvo éxito solamente gracias a la firme condena del golpe por la parte del monarca.

Esto ha abierto una discusión en círculos académicos y políticos españoles en torno a si se trataba de un mito fundacional de la democracia española. Por una parte, Juan Carlos tenía una memoria fresca de la mala gestión de una situación similar por su cuñado, el rey Constantino de Grecia, catorce años antes, y decidió no repetir su error de aprobar el golpe públicamente y dar así a los golpistas la legitimidad que necesitaban. Su aparición televisiva apoyando al gobierno democrático puso fin a las aspiraciones del *putsch* militar. Sin embargo, Cercas subraya que el comportamiento del rey antes del golpe no había sido enteramente impecable. Juan Carlos era uno de los muchos actores que minaban al gobierno de-

²⁸ Jo Labanyi, *Review, Screen*, 48, 3 (Autumn 2007), pp. 389-394 (p. 391).

²⁹ Ferran Gallego, *El mito de la Transición. La crisis del Franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Crítica, Barcelona, 2008.

³⁰ Javier Cercas, *Anatomía de un instante*, Plaza & Janés, Madrid, 2009.

mocrático, al tiempo que lo hacían los socialistas, la derecha política y la prensa. Además, algunos veteranos generales que estuvieron implicados en el golpe estaban muy cerca de la Corona. Cercas se pregunta por qué casi toda la sociedad española jugaba con fuego antes del 23 de febrero, presionando el sistema político y criticando al gobierno democrático de Suárez. Analizando todo esto, el escritor español cuestiona el mito que presenta el 23-F como un golpe de «opereta» inspirado por un militar paranoico. Este mito se debe probablemente a la ausencia de resistencia y fue acompañado por el silencio ensordecedor de los años posteriores con respecto a este incidente. Así pues, aunque la transición española se considera generalmente como «concluida», muchas preguntas no han sido respondidas. Finalmente, el hecho de que el golpe habría podido tener éxito revela la importancia de la contingencia en el proceso histórico.

Todo esto demuestra el peligro de mirar los procesos históricos de manera ahistórica. Un problema que tiene la bibliografía respecto de la transición democrática en los dos países aquí vistos es que los procesos son presentados, con la perspectiva que da el tiempo, como resultados inevitables de un cierto determinismo histórico. Ambas transiciones fueron bautizadas como «ejemplares» por esa razón. Pero queda pendiente saber qué hubiera pasado si los *bunkers* de dentro del ejército griego se hubieran rebelado contra la transición democrática, o si el Tejerazo hubiera tenido éxito. Estas preguntas contrafactuales ayudan a recontextualizar los eventos y a percibir que ambos procesos políticos de mediados de los años setenta seguían siendo extremadamente frágiles y que estas transiciones habrían podido terminar de manera muy distinta. No se puede mirar la historia en términos teleológicos. Las cosas podrían haber sucedido de forma distinta, y hay quien opina que incluso podrían haber conseguido crear sociedades más justas.

CONCLUSIONES

Para acabar, la intención de estas páginas no era tanto dar respuestas cuanto poner encima de la mesa una serie de preguntas que unas veces son pertinentes para el caso griego, otras para el español y que sobre todo revisten interés de cara a comparar ambos contextos. El enorme interés y los apasionados debates que han generado en un buen número de trabajos académicos y literarios que miran a los procesos y temas aquí vistos, muestran que las transiciones a la democracia pueden todavía suscitar respuestas emocionales y son percibidas como fundamentales para las situaciones y retos actuales. En el caso de ambos países, los traumas ligados a las respectivas transiciones son perceptibles todavía hoy en la vida cultural, política y social. Sin embargo, la diferencia fundamental, al margen de las de tipo cronológico y factual, estriban en que mientras en Grecia hay

una recurrente evocación del término transición, en España existe un renovado interés y esfuerzo por reevaluar el conjunto del periodo al que ese término se refiere. Queda todavía por ver si la inversión de la amnesia en España desemboca en una hipermnésia, y si ese pasado otrora esmeradamente precintado se convierte una vez abierto en una caja de los truenos. Por último, en Grecia existe la convicción de que la *Metapolitefsi* fue un proceso a largo plazo e inacabado que condenó a la política del país a ser rehén de los años setenta. Y qué mejor que concluir citando las palabras de Fernand Braudel cuando advertía que «resulta absolutamente necesario saber lo que uno está observando, tanto si es el nacimiento de un movimiento nuevo, la cola de uno viejo, el hecho de un pasado distante o un fenómeno recurrente.»³¹ Pero ¿cómo averiguar lo que es?

³¹ Peter Catterall, «What (if anything) is distinctive about Contemporary History?», *Journal of Contemporary History*, 32, 4 (1997), pp. 441-452 (p. 450).